

Porque llegó la noche y obscurana,
Cercanos al raudal se detuvieron,
Y llegada la luz de la mañana
Pasaron con la priesa que pudieron,
Y para se afirmar en tierra llana
Al lugar conocido se volvieron,
Donde tomaron otra vieja buena
Que por ventura los libró de pena.

Porque les descubrió que congregaba
Ulibara gran número de gentes,
Y que la tierra toda se juntaba
Con armas y furiosos accidentes;
Con cuyas nuevas cada cual temblaba,
Por ser tan pocos, y los mas dolientes,
Y de comun acuerdo todos quieren
Dejar la tierra sin que los esperen:

Pareciéndoles cosa mas segura
Estar de su furor larga distancia
Que subyectar á riesgo y aventura
Las vidas y las honras y ganancia;
Pues aquello que dió la sepultura
Valor y caudal era de substancia;
Y así puestos en orden y concierto
Volvieron riendas al marino puerto.

Guiando por diversa derescera
Pablo Fernandez, adalid famoso,
Atinó siempre, pero de manera,
Que fué camino menos trabajoso,
Y en cincuenta y tres dias de carrera
Llegaron al lugar de su reposo,
Que es Urabá, donde dijimos antes
Llegar aquestos mismos caminantes.

Llegados á la mar y á su castillo
Estos á quien libró propia prudencia,
El César preguntó por su caudillo
Para le dar razon con obediencia;
Y respondióse cómo Vadillo
Le toma rigurosa residencia,
Al insigne valor dando baldones,
Y á buen servicio malos galardones.

El buen César responde no ser dima
Su gran virtud de semeiante pena,
Y decia ser intencion malina
La que con tal rigor se desenfrena;
Y así con sus soldados determina
Partirse luego para Cartagena,
A ver la residencia cómo anda,
Y lo que por Vadillo se le manda.

Puestos en Calamar la luz absente,
Ver al gobernador fué lo primero,
Entregándole muy secretamente
La parte que le cupo del dinero,
Y consolándole del mal presente;
Ven la presencia del juez severo,
Que por lo que de César habia oido
Contento recibió cuando lo vido.

El César le habló como discreto,
Vadillo lo regala y acaricia,
Ambos á dos hablaron en secreto
De cosas que rastrea la eudicia,
Preguntándole muchas, y en efeto
César dijo traer cierta noticia
De prósperos y auríferos terrenos,
Cuyos principios vieron y eran buenos.

Dió cuenta del recuento riguroso
Pintándole con encarecimiento,
Y ser negocio rico y honoroso
Continuar aquel descubrimiento;
De suerte quel letrado cudicioso
En esto colocó su pensamiento;
Y percibidas bien las relaciones
Con él César habló tales razones:

«Para que tanta tierra se subyete,
Rica segun se ve por el indicio,
La continuacion á vos compete,
Por ser tan singular en el oficio;
Pues vuestra buena fama me promete
Que á Dios y al rey hareis este servicio,
Y otra paga mejor y otros provechos
Acá sabremos dar á vuestros hechos.

» Que bien sé del pasado desvario
Y de vuestros honores el embargo;
Mas el gobierno ya, señor, es mio,
En el cual duraré por tiempo largo;
Y así demás de dáros buen avio,
Quiero restituiros vuestro cargo
De general y mi lugarteniente,
Con poder y recado conviniente.

» A todos los que siguen vuestro bando
Bien les podeis decir y hacer ciertos
Que los Heredias ya no tienen mando,
Y que pueden contarlos con los muertos;
A miserable fin se van llegando
Por sus intolerables desconciertos,
Y mas en apelar de mi sentencia
E ir á España con su residencia.

» Sus causas van asaz bien substanciadas,
Y tan probadas culpas cometidas
Que les harán mercedes señaladas,
Si los dos escaparen con las vidas;
Pudieran las sentencias pronunciadas
En muy mayor rigor ser convertidas,
Y á mi me culpára cualquier prudente
Por haberme mostrado tan clemente.

» Muchas cosas intentan y menean
Para disminucion de su delito;
Llanísimo negocio fantasean
Con ser el de sus culpas infinito;
Y allá me lo dirán desde se vean
Los crimines atroces por escrito,
Do se conocerá patentemente
Que yo no me moví por accidente.

» Mas desto no se tracte, pues que tiene
Su fin y paradero con revista:
Volvamos al Guacá, donde conviene
Llevar mas adelante la conquista;
Para lo cual vuestra merced ordene
Cómo hagamos luego nueva lista
Y por entrambas partes se trabaje
De dar buenos despachos al viaje.»

Dijo Vadillo lo que le parece
Convenir mas á su aprovechamiento;
Y el Francisco de César agradece
Aquella voluntad y ofrecimiento,
Demás de que las cosas engrandece
Que vieron en aquel descubrimiento;
Y así con atención á sus provechos
Se conformaron ambos á dos pechos.

En seguimiento pues de su rencilla
Pendiente de testigos y probanzas,
Pedro de Heredia fué para Castilla,
Alentado de buenas esperanzas:
Al Alonso por cárcel da la villa,
No sin seguridades de fianzas,
Habiéndose pasado ya dos años
Que duraban las penas y los daños.

En aquesta sazón el uso viejo
De la veloce fama frecuentado,
Mediante prevenciones y aparejo,
Habia en la Española publicado
Tomarse mal en el real consejo
Las insolencias deste licenciado,
Por cuyos desvarios y demencia
Con brevedad vernia residencia.

Como la nueva desto se tendiese,
Por quien amistad llana le debia,
Aviso se le dió para que viesse
Aquello que á su honra convenia,
Y con mejores obras deshiciese
Lo que por sus contrarios se decia,
Pues todos publicaban sinrazones
Indignas de sus buenas opiniones.

Y si de sí sentia maleficio
Y olor alguno de juez tirano,
Procurase hacer algun servicio
A Dios y al rey y al reino castellano;
Pues tenia soldados y el oficio
Y buenas ocasiones en la mano,
Y tal podría ser alguna dellas
Que no diesen oídos á querellas.

Las cartas vistas y por él abiertas,
Como le remordia la conciencia,
No tuvo tales nuevas por inciertas,
Mayormente viniendo del audiencia;
Túvolas solapadas y encubiertas,
Mas no para huir de su sentencia,
Pues luego hizo junta de varones,
Con quien comunicó sus intenciones.

Y díjoles: «Señores, mi deseo
Es de servir á la real corona,
Y pues á quien le da mejor empleo
Su Majestad, mejor lo galardona,
En aquesta jornada que proveo
Yo me quiero hallar por mi persona;
Que no conviene, yendo tanto bueno,
Quedarme yo las manos en el seno.

» Mi determinacion es la que digo,
Y en cualquiera rigor hallarme quiero,
Sin rehusar encuentro de enemigo
Ni de sangrienta lid el trance fiero;
Todos terneis en mi fiel amigo,
Un llano capitán y compañero,
Y en el gobierno y en el tratamiento
A ninguno daré desabrimiento.

» Y pues tenemos todo buen recado
Y el tiempo de verano nos convida,
Pido las voluntades y cuidado
Para la brevedad de la partida;
La falta del que va mal aviado,
Antes hoy que mañana me la pida,
Porque sin reservar dinero mio
Procuraré de dalle buen avio.»

Vista su voluntad, con la blandura
De tanto cumplimiento cortesano,
Correspondieron con lo que procura
No menos el mancebo quel anciano;
Diciéndole tener á gran ventura
Que los rigiese tan ilustre mano,
Pues con tal capitán dudá ninguna
Tenian de su próspera fortuna.

Conocido de todos el intento
Que de seguir el suyo se tenia,
Vadillo, lleno de contentamiento,
A cada cual las gracias le rendia,
Y para su mejor aviamiento
Las cosas necesarias proveia;
Y todos ellos luego hacen prestatas
Fumosas escopetas y ballestas.

Ocupan fraguas en hacer harpones;
Afilanse las lanzas, las espadas;
Aforranse los duros morriones,
Los defensivos cascos y celadas;
Ponian á las armas hebillones
Que tienen de algodones preparadas,
Manijas y brazales de rodela,
Por mas fortalecer tales tutelas.

De trescientos soldados es la copia,
Varones de valor y vigilancia,
Bien aviados á su costa propia,
Por tener de dineros abundancia;
Van mas de cien esclavos de Etiopia
Que hubo cada cual de su substancia;
De indios y de indias gran bullicio,
Que también llevan para su servicio.

Llevaban de caballos copia larga,
Que podian romper cualquier rencilla,
Porque demás de muchos para carga
Iban sobre doscientos para silla,
Do pueden menear lanza y adarga
Los jinetes que van en la cuadrilla;
Llevan sus faldas, pechos y testeras,
Con otras circunstancias cumplideras.

Presentan al Vadillo pues la lista
De todos los soldados principales
Aderezados para la conquista,
De fieros y remotos naturales;
La cual, como ya fuese por él vista,
Nombró los capitanes y oficiales;
A César hizo general teniente,
Por ser para tal cargo suficiente.

Fué capitán de la caballeria
Juan de Villoria, noble caballero;
Por consiguiente del infanteria
Alonso de Saavedra, tesorero,
Montemayor alférez, y regia
El escuadron que llaman machetero
Baltasar de Ledesma, que contino
Habia de romper duro camino.

Escuadra fué Francisco de Mojica
Y otro dicho Joan Ruiz de Molina,
Y con los mismos cargos les aplica
A un Caravajal y otro Medina,
Y á Noguero, que ser francés publica,
A quien muerte cruel hado destina,
Pues fué de los soldados el primero
Que peleando vió su fin postrero.

Es adalid por sus antigüedades
Pablo Fernandez, que en los menesteres,
Inconvinientes y necesidades,
Tuvo bien acertados pareceres;
Son sus colaterales Juan de Frades,
Un Portalegre y un Alonso Perez,
De quien en los rigores ó bonanzas
Hizo Vadillo grandes confianzas.

Para celebración de sacramentos
Van cuatro religiosos ordenados,
De quien no se decir sus nombramientos,
Y es porque no me fueron declarados;
Llevaronse cumplidos ornamentos
A santos sacrificios dedicados:
También llevan trompetas y clarones
Para mover humanos corazones.

Aderezados ya desta manera,
Un bando de atambor la gente llama
Para que se juntasen á bandera,
Al tiempo que á Títon deje su dama;
Mas entre tanto aquellos salen fuera,
Yo determino de tomar mi cama,
Pues apresura Cintia sus caballos
Y se reiteran voces de los gallos.

CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo el licenciado Joan de Vadillo salió del puerto de Cartagena por la mar hasta llegar á Urabá, y desde allí fué en demanda del Guacá y otras provincias, y las cosas acontecidas en aquella jornada.

Quando con lumbre de la cuarta esfera
Se descubria tiempo matutino,
Y el mismo rey de Delos con carrera
Veloce visitó décimo sino,
Siendo ya quince cientos de la era
Y treinta y nueve del natal divino,
Sonaron trompas que la gente vaya,
Y así se congregaron en la playa.

Vergas en alto tienen los navios,
Prestos en la ribera los bateles;
Embarcarse caballos y atavios,
Soldados, capitanes, coroneles;
Hacen de Calamar luego desvios,
Hincen velas los vientos infieles,
Entonces buenos, pues con larga escota
Al puerto de Urabá llegó la flota.

Fueron en aquel pueblo recibidos
De los vecinos con amor fraterno,
Y negocios algunos proveidos
Por el Vadillo cerca del gobierno,
Vuelven á los navios referidos
Porque los convidó viento galerno:
Llegaron á la playa de aquel puesto
A donde Julian fué descompuesto.

El práctico soldado y el novicio,
Para prosecucion de su viaje,
Desembarca caballos y servicio
Con los demás pertrechos y fardaje;
Hierva la diligencia y el bullicio,
Enfardelándose matalotaje,
Harina de maiz, antes tostado,
Para se sustentar en despoblado.

Hicieron del asiento su partida
Después de cuatro días ya pasados ;
Y por la tierra ser desproveida
Por partes que sabían los soldados,
Por llevar en caballos mas comida,
Iban á pié los mas cualificados,
Pareciéndoles ser cruel batalla
La gran necesidad de vitualla.

Pasan por Urabaibe, pueblo antiguo
En aquella sazón ya des poblado,
Cuyo señor solía ser amigo,
Y entonces á los montes retirado ;
Atraviesan desiertos sin abrigo ;
Adonde les valió su buen recado ;
De allí fueron peones y caballos
Al río que llamaban de los Gallos.

Que todas estas gentes convecinas,
En tiempos atrasados de Pedrarias
Iban á contratar á las marinas
Y habian de españoles cosas varias ;
Y así corrió la casta de gallinas
Por las gentes de paz y las contrarias :
El río pues tomó tal apellido
Entonces por un caso sucedido.

Y fué, que caminando por aquesta
Parte ciertos soldados atrevidos,
Como no se hallase senda
Ni rastro para ver bárbaros nidos,
El canto de los gallos manifiesta
La parte donde estaban abscondidos :
Así que por los hombres de aquel uso
El río de los Gallos se le puso.

Hallóse pues allí rastro patente
Y huella de salvaje compañía ;
Luego Pablo Fernandez fué con gente
Para poder tomar alguna guía ;
El campo caminó por consiguiente
Al río que del Tigre se decía,
Por un tigre que César había muerto
Al tiempo que pasó por aquel puerto.

Allí con música no mal compuesta
Se celebró, por ser su santo día,
La Purificación, divina fiesta
De nuestra benditísima Maria ;
Y el licenciado tuvo mesa puesta
Donde regocijó la clerecía,
Repartiendo con ellos sus regalos
En tiempo que ningunos eran malos.

Y para mejor postre de la mesa
El buen Pablo Fernandez allí vino,
El cual traía cierta gente presa
Y cuatrocientos pesos de oro fino ;
Recibieron contento con la presa
Y otro día prosiguen su camino,
Llevando ciertos indios á recado
Para que los metiesen en poblado.

Sabian ya de nuestros españoles,
A causa de sonar los ministriles
Por aquellas alturas y peñoles
De bárbaros desnudos y hombres viles,
Que meten dentro de unos caracoles
Por gran honestidad miembros viriles ;
Las mujeres encubren sus mancillas
Con hojas ó con ciertas pampanillas.

Yendo marchando pues con buen avío
Segun suelen en guerra los espertos,
Encima las barrancas de aquel río
Había muchos indios encubiertos ;
Pasan los nuestros sin hacer desvío
Porque de la celada van inciertos,
Y al tiempo que la recta guardia llega
Comienza la beligerá refriega.

Suena terrible grito y estampida
Del indio que del paso se aprovecha,
Por ser aquella parte la subida
Y por otra ninguna se desecha ;
Vuela sobre la gente detenida
Innumerable piedra, dardo, flecha ;
Restruenan las rodela y celadas
Que de las duras piedras son tocadas.

Bien como cuando veis cielo sereno,
Y repentinamente de verano
Viene nublado de tormenta lleno
Amenazando pago comarcano ;
El cual rompiendo con horrendo trueno
Perjudicial y congelado grano,
Es por los bravos vientos esparecido
Con impetuosisimo ruido :

Así después de dar horrenda grito
Los abscondidos en lugar secreto,
Tan áspero turbion se precipita
De tiros incitados por Alete,
Que al escuadron cristiano necesita
A irse retirando del aprieto,
Pues á causa de ser lugar estrecho
No fueron los caballos de provecho.

Hallábase la gente como manca
Sin poder menear hierros agudos,
Mas los peones de la gente blanca,
Cubiertos de los cóncavos escudos,
Procuran de ganalles la barranca
Do se fortalecian los desnudos ;
Y después de pelea bien reñida
Al cabo los pusieron en huida.

Tantos fueron los dardos y la piedra
Contra la gente bien apercebida,
Que el caballo murió de Saavedra,
Y los heridos mas tuvieron vida ;
Hirieron un trompeta dicho Tiedra,
Pero no fué de muerte la herida :
Luego con toda priesa se procura
Salir de la quebrada y angostura.

Atravesando van tierras vacías
Hasta el río de los Caricuries,
Así llamado porque en estos días
Tomaron dos á ciertos alfaquíes ;
Después al río de las Monterías,
Porque mataron ciertos jabalies ;
Luego dirigen las humanas proas
Al río dicho de las Barbacoas.

Dieron algún vagar á sus profias
Por ser aquel terreno menos ciego,
Y haber peregrinado muchos días
Sin que hallasen do tomar sosiego ;
Salió con gente para tomar guías
El adalid Pablo Fernandez luego,
Entre tanto que el campo descansaba
Y otro mejor recurso se hallaba.

Por otra parte fué también Mojica
Para buscar país que se cultive,
Pues en tierra do estan, por no ser rica,
De gente natural muy poca vive,
Y diferente trocha los aplica
A la provincia que llaman Abive,
Terreno de poquitos moradores,
Mas eran curiosos labradores.

Humana carne comen todos ellos,
Y es gente de gallarda compostura ;
Traen ellas y ellos los cabellos
Tan largos que traspasan la cintura ;
Hombres luengos de zancas y de cuellos,
El cuerpo sin ninguna vestidura,
Pero cubren las partes vergonzosas
Con pedazos de manta y otras cosas.

Gente de soberbísimo semblante,
De corazón altivo y esforzado ;
Tienen caza de puercos abundante
Y cantidad inmensa de pescado ;
Hallaron pues los que iban delante
Quinientos pesos de oro mal labrado,
Mas era tan cabal en la fineza
Que prometía mucha mas riqueza.

Pues como se juntasen sin sentillo
En Abive por vía diferente
Francisco de Mojica y el caudillo
Pablo que caminó primeramente,
Envían mensajeros á Vadillo
Para que venga luego con la gente
Pues en aquel lugar que represento
Se hallaba gran copia de alimento.

Como llegasen estos mensajeros,
Recógense los toldos con presteza ;
Van adelante los hazadoneros
A fin de remediar el aspereza
De las barrancas y derrumbaderos,
Bajadas y subidas de grandeza,
Porque todos aquellos son caminos
De todos los del mundo mas malinos.

Llegados á las dichas rancherías
Donde los esperaban los soldados,
Allí holgaron mas de veinte días
Sin ser de naturales contrastados,
Hasta tanto que ya las compañías
Y los caballos fueron reformados ;
Mas todavía por los malos puertos
Quedaron seis caballos allí muertos.

El cuarto día siendo pues llegado
De aquel mes que tomó nombre de Marte,
Con voces de trompetas fué mandado
Salir y caminar el estandarte
Por áspero camino y encumbrado,
Sin lo hallar mejor por otra parte ;
Y de caballos, cuando se subía,
Cuatro se despeñaron aquel día.

Sierras montosas faltas de las lumbres
De rayos cuya vista da consuelo,
Tales que parecían que sus cumbres
Comunicaban con el alto cielo ;
Y para mas molestas pesadumbres
Lodos intolerables por el suelo ;
Y allí los que pasaban delanteros
Caminaban mejor que los postreros.

Por ser aquel camino de manera
Con la blandura grande que tenía,
Que cuanto mas hollado peor era
Y del con mas trabajo se salía ;
Y algunas veces toda la bandera
Dormir en una parte no podía,
Sino que cada uno se quedaba
Do la lluviosa noche lo tomaba.

Y si por aquel bosque tan extraño
Oviere naturales congregados,
Hicieran ciertamente mucho daño
En los que se quedaban rezagados ;
Mas la maleza del fué desengaño
Para no recelarse los soldados ;
Y en esta pena de rigor terrible
Vadillo hizo mas de lo posible.

Y así mas adelante se desliza
Y fué por estos trabajos lodos,
Hasta que ya halló casa pajiza
Y al cuarto día se juntaron todos ;
Miércoles señalado de Ceniza
Do se tomó segun cristianos modos,
Y con la ceremonia que conviene
Allí se celebró misa solene.

Bajó luego la gente fatigada
Aquel jueves que fué día siguiente,
Y otra sierra peor que la pasada
Por donde tienen de ir vieron en frente,
En dos partes la gente separada
Fué, porque vayan mas cómodamente :
Vadillo con los unos va delante,
Y Villoria quedó con el restante.

Papel ni pluma no serán bastantes,
Ni hojas ni prolijas escripturas,
Si queremos de trances semejantes
Particularizar las desventuras
Que padecieron estos caminantes
En aquellas montañas y espesuras ;
Gastaban pues aquellos días todos
En sacar los caballos de los lodos.

No bastaba la sogá ni correa,
Y todos, ya sin sillás y sin frenos,
Amos y ellos van de una librea,
Pues todas las cubiertas eran cienos ;
Valióles mucho gente de Guinea
Que para los trabajos eran buenos,
Pues en rigores tan intolerables
Eran ellos los mas infatigables.

Y muchas veces les acontecia
Sacando los caballos de la greda,
El pié que entre raices se metía
De las espesas matas y arboleda,
No vello de la suerte que solía,
Porque la uña dentro se le queda :
Y así servían en aquel viaje
Muchos rocines de matalotaje.

No dejaba por esto su demanda
Aquel que lleva la real conduta,
Hasta que vieron en contraria banda
Tierra mas clara y algo mas enjuta
Adonde reparó ; mas luego manda
Que con alguna gente bien instruta
Camine Pablo porque lo adiestre,
Hasta ver tierra que mejor se muestre.

Como tuviese Pablo gente presta
Cual era menester en su contienda,
Dos días le duró tierra molesta,
Al cabo de los cuales vido senda
Que rastro de seguir les manifiesta
Y aliento para mas soltar la rienda ;
Y así fueron con buenas esperanzas
Hasta que vieron pueblos y labranzas.

Era valle de grande circuíto,
De espesas y bien puestas poblaciones ;
Aqueste se llamó valle del Pito,
Que yo no sé decir las ocasiones ;
Mas número de chinches infinito
Hay por allí contrarios en faiciones ;
Llámanse pitos, tienen las costumbres
De chinches y aun mayores pesadumbres.

Encima de los próximos otros
Quedó Pablo Fernandez encubierto :
Al gobernador hizo mensajeros
Para que de lo visto fuese cierto,
Y se partiese con los compañeros
A ver lo que tenían descubierta ;
El cual visto mensaje tan aceto
Mandó que se partiesen al efecto.

Con la apacible priesa caminando
Llegaron donde Pablo los espera,
Y allí hicieron noche, consultando
El orden que tenían en salir fuera ;
Dióse por parecer que salgan cuando
Venga la lumbre de la cuarta esfera ;
Y puestos en el orden conveniente
Esperaron á ver la roja frente.

Quando la sombra de la noche triste
De aquellos horizontes rehúia,
El róseo color en quien consiste
La lumbre clara del alegre día
Las cumbres altas y los valles viste
Con aquel resplandor que les envía ;
Alistaron pertrechos necesarios
Para salir á dar en los contrarios.

Mas antes de dejar montes opacos
Hizo Vadillo sus razonamientos,
Y los vestidos de estofados jacos
Correspondieron bien con sus intentos ;
Los hambrientos caballos, aunque flacos,
Parecian tener nuevos alientos,
Pues viéndose con armas van alegres
Barruntando también llenos pesebres.

Y así llegados á la gran zavana,
Cubiertos de cubiertas de algodones,
Puestos en orden y en carrera llana
A vista de las grandes poblaciones,
En batiendo la gente castellana
Las piernas, salen como los halcones
Quando se abaten para hacer presa
En la liebre que va por la dehesa.

Oyéndose la grito de repente
Que dieron los que van en altas sillás,
Ocurre grande número de gente
De parte de las bárbaras cuadrillas,
Y admiranse de ver equina frente
Y bestias que no saben resistillas :
Quedan como pasmados, porque antes
No vieron animales semejantes.